

COLECCIÓN
CLÁSICOS DEL PENSAMIENTO ECONÓMICO Y SOCIAL

Serie Sociología
Dirigida por José Enrique Rodríguez Ibáñez

Alexis de Tocqueville

EL ANTIGUO RÉGIMEN Y LA REVOLUCIÓN

Introducción
de José Enrique Rodríguez Ibáñez
Traducción de Ángel Guillén

MINERVA / BIBLIOTECA NUEVA

Prefacio*

Este libro no intenta en absoluto ser una historia de la Revolución, historia que ya ha sido escrita con demasiada brillantez para que yo ni siquiera me atreva a rehacerla. Este libro no es más que un estudio sobre esa misma Revolución.

En 1789 los franceses llevaron a cabo el mayor esfuerzo que jamás haya realizado pueblo alguno con el fin de cortar en dos, por así decirlo, su propio destino, y de separar por medio de un abismo lo que habían sido hasta entonces de lo que querían ser en adelante. Con esta finalidad, adoptaron todo género de precauciones para no incorporar nada del pasado a lo que había de ser su nueva condición, y se impusieron toda clase de esfuerzos para moldearse de otra manera que sus padres; no des-cuidaron nada para hacerse totalmente irreconocibles.

Por mi parte, siempre había pensado que en esta singular empresa obtuvieron mucho menos éxito de lo que se ha creído en el exterior, y mucho menos, desde luego, de lo que ellos mismos creyeron. Estaba convencido de que, sin darse cuenta, heredaron del Antiguo Régimen la mayor parte de los sentimientos, de las costumbres e incluso de las ideas con ayuda de las cuales realizaron la Revolución que lo destruyó, y creía asimismo que, involuntariamente, se sirvieron de las ruinas de dicho régimen para construir el edificio de la nueva sociedad; de modo que, para comprender bien tanto la Revolución

* Las notas con asterisco son de Editorial Biblioteca Nueva.

como su obra, había que olvidar por un momento la Francia que tenemos ante nosotros y acudir a interrogar dentro de su tumba a la Francia que ya no existe. Esto es lo que he intentado hacer aquí, pero me ha costado más trabajo el conseguirlo que lo que nunca hubiera podido imaginar.

Los primeros siglos de la monarquía, la Edad Media y el Renacimiento han dado lugar a inmensos trabajos y han sido objeto de investigaciones muy profundas que nos han dado a conocer no solamente los hechos que entonces tuvieron lugar, sino también las leyes, las costumbres y el espíritu del Gobierno y de la nación en esas diferentes épocas. Nadie hasta ahora se ha tomado la molestia de estudiar el siglo XVIII de esta misma manera y tan de cerca. Creemos conocer muy bien la sociedad francesa de esta última época porque vemos claramente lo que brillaba en su superficie, porque poseemos hasta sus menores detalles la historia de los personajes más célebres que en ella vivieron y porque ingeniosas y elocuentes críticas han conseguido familiarizarnos con las obras de los grandes escritores que la ilustraron. Pero, en cuanto a la manera en que se conducían los negocios, al funcionamiento verdadero de las instituciones, a la posición exacta de las clases enfrentadas entre sí, a la condición y a los sentimientos de las que todavía no podían hacerse oír ni notar, en cuanto al fondo, en fin, de las opiniones y de las costumbres, solamente tenemos ideas confusas y a menudo equivocadas.

He emprendido, pues, la tarea de penetrar hasta el meollo de este Antiguo Régimen, tan cerca de nosotros por el número de años transcurridos pero que permanece oculto por la Revolución.

Para llegar a ello, no me he limitado a releer los libros célebres que produjo el siglo XVIII sino que también he querido estudiar muchas obras menos conocidas y menos dignas de serlo pero que, aunque compuestas con poco arte, quizá revelen todavía mejor los verdaderos instintos de la época. Me he aplicado a conocer bien todos los escritos públicos en que

los franceses han podido exhibir sus opiniones y sus gustos en vísperas de la Revolución. Las actas de sesiones de las asambleas de estados, y más tarde de las asambleas provinciales, me han proporcionado mucha luz sobre este punto. He hecho sobre todo gran uso de los «cuadernos»* redactados por los tres órdenes en 1789. Estos pliegos, cuyos originales constituyen una larga serie de volúmenes manuscritos, quedarán como el testamento de la antigua sociedad francesa, como la expresión suprema de sus deseos, como la manifestación auténtica de sus últimas voluntades. Es un documento único en la historia, pero ni siquiera éste me ha sido suficiente.

En los países en que la Administración pública ha llegado a organizarse eficientemente, surgen pocas ideas, deseos y pesares, se encuentran pocos intereses y pasiones que no lleguen tarde o temprano a manifestarse sin disfraz ante ella. Al visitar sus archivos, no solamente se adquiere una noción exactísima de sus procedimientos, sino que el país entero se revela en ellos. Hoy día, un extranjero a cuya disposición se pusieran todas las correspondencias confidenciales que llenan los cartapacios del Ministerio del Interior y de las prefecturas pronto sabría más de nosotros que nosotros mismos. En el siglo XVIII, la Administración pública estaba ya, como se podrá ver leyendo este libro, muy centralizada y era muy poderosa y prodigiosamente activa. Siempre se la veía atareada en ayudar, en prohibir o en permitir. Tenía mucho que prometer y mucho que dar. Influyó ya de mil maneras, no solamente en la marcha general de los asuntos, sino también en la suerte de las familias y en la vida privada de cada individuo. Además, no daba publicidad a sus gestiones, lo que hacía que no se temiera acudir a ella para exponer incluso las más secretas lacras. He pasado mucho tiempo estudiando lo que de ella nos queda, tanto en París como en diversas provincias.

* *Cabiers*: pliegos dirigidos al soberano, que presentan peticiones y quejas. En este caso, los tres órdenes se lo dirigen a Luis XVI, exponiendo medidas para mejorar la situación de Francia en 1789.

Y, como me esperaba, allí he encontrado al Antiguo Régimen vivo y coleando, con sus ideas, sus pasiones, sus prejuicios y sus costumbres. Allí, cada hombre hablaba libremente su propio lenguaje y se dejaba penetrar en sus más íntimos pensamientos. De este modo, he acabado adquiriendo sobre la antigua sociedad muchos conocimientos que los contemporáneos no poseían; porque yo tenía ante mis ojos lo que nunca estuvo expuesto a sus miradas.

A medida que avanzaba en este estudio quedaba más asombrado descubriendo a cada momento en la Francia de aquel tiempo muchos de los rasgos que nos llaman la atención en la de nuestros días. Encontraba en ella multitud de sentimientos que yo había creído nacidos de la Revolución, multitud de ideas que yo había pensado hasta entonces que sólo procedían de ésta, mil costumbres que ésta pasa por haber sido la única en proporcionarnos; por todas partes encontraba las raíces de la sociedad actual profundamente implantadas en aquel viejo suelo. Cuanto más me iba acercando a 1789, más claramente percibía el espíritu que hizo que la Revolución naciera, se formara y creciera. Poco a poco veía descubrirse ante mis ojos toda la fisonomía de esta Revolución. Ya entonces anunciaba lo que había de ser su temperamento, su genio; ya era ella misma. Allí encontraba no solamente la explicación de lo que había de realizar en su primer envite, sino también, y quizá más todavía, el anuncio de lo que había de fundar a la larga. Porque la Revolución tuvo dos fases muy distintas: la primera, durante la cual los franceses parece que quisieron abolir todo el pasado; la segunda, en la que volvieron a tomar parte de lo que habían dejado. Hay un buen número de leyes y de costumbres políticas del Antiguo Régimen que desaparecen de repente en 1789 y que vuelven a aparecer pocos años después, igual que algunos ríos se hunden en la tierra para resurgir un poco más lejos, haciendo contemplar las mismas aguas a diferentes orillas.

El objeto propio de la obra que expongo al público es hacer comprender por qué esta gran revolución, que se prepara-

ba al mismo tiempo sobre casi todo el continente europeo, estalló entre nosotros antes que en cualquier otra parte, por qué surgió como espontáneamente de la sociedad que iba a destruir, y finalmente cómo la antigua monarquía pudo caer de un modo tan completo y repentino.

Pero, a mi entender, la obra que he emprendido no debe quedarse en eso. Mi intención, si el tiempo y las fuerzas no me faltan, es seguir, a través de las vicisitudes de esta larga revolución, a estos mismos franceses con los cuales acabo de convivir tan familiarmente bajo el Antiguo Régimen y a quienes este régimen había formado; verlos modificarse y transformarse según el curso de los acontecimientos, sin cambiar, no obstante, de naturaleza, y reapareciendo continuamente ante nosotros con una fisonomía un poco diferente pero siempre reconocible.

Recorrí primeramente con ellos esa primera época del 89, en que el amor a la libertad y el amor a la igualdad se repartían su corazón; no solamente querían fundar instituciones democráticas, sino también libres; no solamente destruir privilegios, sino también reconocer y consagrar derechos; tiempo de juventud, de entusiasmo, de intrepidez, de pasiones generosas y sinceras, cuyo recuerdo, a pesar de sus errores, los humanos conservarán eternamente en la memoria, y que durante mucho tiempo todavía turbará el sueño de quienes quieran romper o avasallar esas ideas.

Y, mientras seguimos rápidamente el curso de esta misma revolución, trataré de demostrar en virtud de qué acontecimientos, errores y decepciones estos mismos franceses llegaron a abandonar su primer objetivo y, olvidando la libertad, no desearon otra cosa que ser los servidores iguales entre sí del dueño del mundo; cómo un gobierno más fuerte y mucho más absoluto que el que la Revolución había derribado recuperó y concentró entonces todos los poderes, suprimió todas aquellas libertades tan caramamente conseguidas, poniendo en lugar de ellas sus vanas imágenes; llamando soberanía del pueblo a sufragios en que los electores no podían ni informarse, ni

ponerse de acuerdo, ni escoger; voto libre de imposiciones al asentimiento de asambleas mudas o avasalladas; y al mismo tiempo que arrancaba a la nación la facultad de gobernarse, las principales garantías del derecho, la libertad de pensar, de hablar y de escribir, es decir, lo más noble y lo más precioso de las conquistas del 89, seguían adornándose con este gran nombre.

Me detendré en el momento en que la Revolución me parezca haber cumplido poco más o menos su obra y engendrado la nueva sociedad. Consideraré entonces esta misma sociedad; trataré de discernir en qué se parece a la que la precedió y en qué difiere de ésta, lo que hemos perdido y lo que hemos ganado en esta inmensa transmutación de todo, y trataré finalmente de vislumbrar nuestro porvenir.

Una parte de esta segunda obra ya está esbozada, pero no es todavía digna de ser ofrecida al público. ¿Me será concedido el acabarla? ¿Quién puede decirlo? El destino de los individuos es más oscuro aún que el de los pueblos.

Espero haber escrito el presente libro sin ningún prejuicio, pero no pretendo haberlo hecho sin pasión. Difícilmente se podría permitir un francés no sentirla cuando habla de su país y piensa en su tiempo. Confieso, pues, que, al estudiar nuestra antigua sociedad en cada una de sus partes, nunca he perdido de vista por completo a la nueva. No he querido limitarme a averiguar a qué mal había sucumbido el enfermo, sino también cómo habría podido librarse de la muerte. He actuado como esos médicos que, en cada órgano extinguido, tratan de descubrir las leyes de la vida. Mi fin ha sido trazar un cuadro rigurosamente exacto y que, al mismo tiempo, pudiese ser instructivo. Así pues, todas las veces que he encontrado entre nuestros antepasados algunas de esas virtudes viriles que nos son más necesarias y de las que ya carecemos casi por completo, un verdadero espíritu de independencia, la inclinación a todo lo noble, la fe en nosotros mismos y en una causa, las he puesto de relieve, y del mismo modo, cuando he encontrado en las leyes, en las costumbres o en las ideas de aquel

tiempo rastro de algunos de los vicios que, después de haber degradado la antigua sociedad, todavía siguen minándonos a nosotros, he procurado arrojar luz sobre ellos, con el fin de que, viéndose al desnudo el mal que nos han hecho, se comprenda mejor el que nos pueden seguir haciendo.

Para alcanzar este fin no he temido, debo confesarlo, herir a nadie, ni individuos, ni clases, ni opiniones, ni recuerdos, por respetables que fueran. A menudo lo he hecho con pesar pero siempre sin remordimiento. Que me perdonen aquellos a quienes haya podido desagradar con ello, en consideración al fin desinteresado y honrado que me guía.

Quizá algunos me acusen de mostrar en este libro un amor demasiado intempestivo a la libertad, de la que me aseguran ya no queda apenas nadie que se preocupe en Francia.

Me limitaré a rogar a quienes me dirijan este reproche que tengan en consideración que este amor es muy antiguo en mí. Ya hace 20 años que, hablando de otra sociedad, escribía casi textualmente lo que sigue:

En medio de las tinieblas que rodean el porvenir, ya pueden descubrirse tres verdades muy claras: la primera, que todos los hombres de nuestros días se ven arrastrados por una fuerza desconocida, que es posible regular y amornar pero nunca vencer, la cual los impulsa a la destrucción de la aristocracia, unas veces lentamente, otras con precipitación; la segunda, que, entre todas las sociedades del mundo, las que encontrarán más difícil evitar de un modo duradero el gobierno absoluto serán precisamente aquellas donde la aristocracia ya no exista y ya no pueda existir; y la tercera y última, que en ninguna parte producirá el despotismo efectos más perniciosos que en estas últimas sociedades, porque, más que ninguna otra clase de gobierno, el despotismo favorece en ellas el desarrollo de todos los vicios a que estas sociedades están especialmente sujetas, y las impulsa, por tanto, en la misma dirección hacia la que ya se sentían naturalmente inclinadas.

En ellas, al no estar los hombres ligados entre sí por ningún lazo de casta, de clase, de corporación ni de familia, se sienten demasiado inclinados a no preocuparse más que de sus intereses particulares, demasiado propensos a no mirar más que por sí mismos y a replegarse en un individualismo estrecho en el que toda virtud pública está sofocada. El despotismo, lejos de luchar contra esta tendencia, la hace irresistible, porque quita a los ciudadanos toda pasión común, toda exigencia mutua, toda necesidad de entenderse, toda ocasión de obrar de consuno; por así decir, los empareda en la vida privada. Ellos tendían ya a ponerse al margen, el despotismo los aísla; sentían ya frialdad los unos por los otros, el despotismo los congela.

En esta clase de sociedades, donde nada es fijo, cada uno se siente agujoneado sin cesar por el temor a descender y el afán de subir; y como en ellas el dinero, al mismo tiempo que se ha convertido en el signo principal que clasifica y distingue a los hombres entre sí, ha adquirido una movilidad singular, pasando de mano en mano continuamente, transformando la condición de los individuos, elevando o rebajando a las familias, no hay casi nadie que no se vea obligado a hacer un esfuerzo desesperado y continuo por conservarlo o adquirirlo. El afán de enriquecerse a toda costa, la manía de los negocios, el amor al lucro, la búsqueda del bienestar y de los goces materiales son en ellas las pasiones más comunes. Estas pasiones se extienden fácilmente entre todas las clases sociales, penetran hasta en aquellas mismas que habían sido hasta entonces las más impermeables a ellas, y llegarían muy pronto a debilitar y degradar a la nación entera si nada viniera a detenerlas. Ahora bien, está en la misma esencia del despotismo el favorecerlas y extenderlas. Estas pasiones debilitadoras vienen en ayuda de aquél; apartan a los hombres de los negocios públicos manteniendo su imaginación ocupada en otras cosas, y les hacen temblar ante la sola idea de revolución. Sólo el despotismo puede proporcionarles el secreto y la oscuridad que convienen a la codicia y que per-

miten hacer ganancias vergonzosas afrontando el deshonor. Sin él, esas pasiones hubiesen sido fuertes; con él, son imperantes.

Sólo la libertad, por el contrario, puede combatir eficazmente en esta clase de sociedades los vicios que les son naturales y detenerlas en la pendiente por la que se deslizan. En efecto, únicamente ella puede sacar a los ciudadanos del aislamiento en que la misma independencia de su condición los hace vivir, para obligarlos a relacionarse unos con otros; ella solamente puede reanimarlos y reunirlos cada día por la necesidad de entenderse, de persuadirse y de complacerse mutuamente en la práctica de negocios comunes. Sólo ella es capaz de arrancarlos al culto del dinero y al tráfago cotidiano de sus negocios particulares, para hacerles percibir y sentir en todo momento que la patria está por encima y en torno a todos ellos; solamente ella sustituye de vez en cuando el amor al bienestar por pasiones más fuertes y más elevadas; sólo ella proporciona a la ambición objetivos más grandiosos que la adquisición de riquezas, y crea la luz que permite ver y juzgar los vicios y las virtudes de los hombres.

Las sociedades democráticas que no son libres pueden ser ricas, refinadas, espléndidas, magníficas incluso, poderosas por el peso de su masa homogénea; se pueden dar en ellas cualidades privadas, buenos padres de familia, honestos comerciantes y propietarios dignos de estima; se encontrarán incluso buenos cristianos, porque la patria de éstos no es de este mundo y la gloria de su religión es producirlos en medio de la mayor corrupción de costumbres y bajo los peores gobiernos; el Imperio romano en su extrema decadencia estaba lleno de ellos. Pero lo que nunca se verá, me atrevo a decirlo, en semejantes sociedades es a grandes ciudadanos y, sobre todo, a un gran pueblo, y no temo afirmar que el nivel común de los sentimientos y las ideas no cesará nunca de descender en tanto que la igualdad y el despotismo marchen unidos.

He aquí lo que yo pensaba y escribía hace 20 años. Y tengo que confesar que, desde entonces, nada ha pasado en el mundo que me obligue a pensar y escribir de modo distinto. Habiendo mostrado la buena opinión que tenía de la libertad en un tiempo en que ésta gozaba de favor, no parecerá mal que persista en esa opinión ahora que se la desampara.

Admítase, por otra parte, que incluso en esto me diferencio menos de la mayor parte de mis contradictores que lo que éstos suponen. ¿Cuál será el hombre que por su naturaleza tenga el alma tan baja que prefiera depender de los caprichos de uno de sus semejantes a seguir las leyes que él mismo ha contribuido a establecer, si su nación le pareciera tener las virtudes necesarias para hacer un buen uso de la libertad? Yo creo que no existe en absoluto. Los mismos déspotas no niegan que la libertad sea excelente; sólo que no la desean más que para sí mismos y sostienen que los demás son completamente indignos de ella. Así pues, no se difiere por la opinión que se debe tener sobre la libertad, sino por la estima más o menos grande que se tiene de los hombres. Se puede, por tanto, decir de manera rigurosa que la inclinación que se muestra hacia el régimen absoluto está en razón directa del desprecio que se profesa hacia el propio país. Y ruego que se me permita esperar todavía un poco, antes de convertirme a ese sentimiento.

Creo que puedo decir, sin alabarme demasiado, que este libro es producto de un enorme trabajo, hasta el punto de que algún capítulo, aun siendo extremadamente corto, me ha costado más de un año de investigaciones.

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO I

Juicios contradictorios que se emitieron sobre la Revolución en sus orígenes

Nada más propio para inducir a la modestia a los filósofos y a los hombres de Estado que la historia de nuestra Revolución, porque jamás hubo acontecimiento más importante, con raíces más remotas, mejor preparado y menos previsto.

El mismo Federico el Grande, a pesar de sus dotes geniales, no la presintió. La rozó sin verla. Es más, en su obra se anticipó al espíritu revolucionario, fue su precursor y su agente, por así decirlo; pero, estando tan cerca de ella, no supo reconocerla; y, cuando por fin se reveló por completo, los rasgos innovadores y extraordinarios que habían de caracterizar su fisonomía entre la incontable multitud de revoluciones que ha habido escaparon en un principio a todas las miradas.

En el exterior fue objeto de la curiosidad universal; hizo nacer en el espíritu de todos los pueblos una especie de idea confusa de que se avecinaban tiempos nuevos, unas vagas esperanzas de cambios y reformas; pero nadie sospechaba todavía lo que con el tiempo había de significar. Los príncipes y los ministros ni siquiera participaron de este confuso presentimiento que conmovió a los pueblos ante ella. Al principio no la consideraron más que como una de esas enfermedades periódicas a que está sometida la constitución de todos los pueblos, y que no tienen otro efecto que abrir nuevos campos a la

política de sus vecinos. Si por casualidad dicen la verdad sobre ella, es inconscientemente. Es cierto que los principales soberanos de Alemania, reunidos en Pillnitz en 1791, proclamaron que el peligro que amenazaba a la realeza en Francia era común a todas las antiguas potencias europeas y que, con aquélla, todas debían sentirse amenazadas; pero, en el fondo, no creían en nada de lo que afirmaban. Los documentos secretos de la época nos dan a conocer que en aquello no veían más que hábiles pretextos con los que enmascaraban sus designios o los adornaban ante los ojos del pueblo.

En cuanto a ellos mismos, creían con toda seguridad que la Revolución francesa era un accidente local y pasajero del que había que sacar partido simplemente. Con esta idea concibieron proyectos, hicieron preparativos, contrajeron alianzas secretas; disputaron entre sí a la vista de aquella presa inmediata, se dividieron, se volvieron a unir; se prepararon para todo, excepto para lo que iba a ocurrir.

Los ingleses, a quienes el recuerdo de su propia historia y la larga práctica de la libertad política daban más clarividencia y experiencia, percibieron como a través de un tupido velo que una gran revolución se aproximaba, pero no pudieron distinguir su forma e ignoraron la acción que iba a ejercer muy pronto sobre los destinos del mundo e incluso sobre el suyo propio. Arthur Young, quien recorría Francia cuando la Revolución estaba a punto de estallar y que la consideró como inminente, ignoró hasta tal punto su alcance que se preguntaba si el resultado no sería un aumento de los privilegios. «En cuanto a la nobleza y al clero —decía—, si esta revolución les diera más preponderancia todavía, creo que acarrearía más males que bienes.»

Burke, cuyo espíritu estaba inflamado por el odio que desde un principio le inspiró la Revolución, quedó un tanto indeciso en los primeros momentos ante el espectáculo que se le ofrecía. Lo que auguró, ante todo, es que Francia quedaría debilitada y casi aniquilada.

Es de creer —decía— que durante mucho tiempo las facultades guerreras de Francia queden apagadas; tal vez incluso apagadas para siempre; y los hombres de las generaciones venideras podrán decir como aquel clásico: *Gallos quoque in bellis floruisse audivimus*: Hemos oído contar que también los galos brillaron antaño por sus armas.

El enjuiciamiento de los hechos no es más acertado desde cerca que desde lejos. En Francia, en la misma víspera del día en que estalló la Revolución, aún no se tenía una idea precisa de lo que ésta iba a representar. Entre la multitud de los cuadernos, sólo dos encuentro en que se transparente un cierto resquemor al pueblo. Lo que se temía verdaderamente era la preponderancia que había de conservar el poder real, la corte, como todavía se le llamaba. Inquietaban la debilidad y la corta duración de los estados generales. Se temía que fueran coaccionados, y era especialmente la nobleza la que se sentía más afectada por este temor. «Las tropas suizas», dicen varios de estos cuadernos, «deberán prestar juramento de no usar sus armas contra los ciudadanos, ni siquiera en caso de motín o revuelta». Que los estados generales sean libres, y todos los abusos se suprimirán fácilmente; la reforma que se ha de llevar a cabo es inmensa pero hacedera.

Mientras tanto, la Revolución seguía su curso. A medida que se veía aparecer la cabeza del monstruo, que su fisonomía singular y terrible se descubría; que, después de haber destruido las instituciones políticas, abolía las instituciones civiles; que, después de cambiar las leyes, cambiaba las costumbres, la moral e incluso el lenguaje; cuando, tras haber arruinado el edificio del Gobierno, removía los fundamentos de la sociedad y en definitiva parecía emprenderla con el mismo Dios; cuando muy pronto esta misma Revolución desbordaba las fronteras, con procedimientos desconocidos hasta entonces, con una nueva táctica, con máximas destructoras, con opiniones *armadas*, como decía Pitt, con una fuerza inaudita que derri-

baba las barreras de los imperios, que destrozaba las coronas y avasallaba a los pueblos y que, ¡cosa extraña!, los convertía al mismo tiempo a su causa; a medida, pues, que todo esto iba estallando, el enjuiciamiento de la Revolución cambiaba. Lo que al principio había parecido a los monarcas y a los hombres de Estado europeos un accidente ordinario de la vida de los pueblos fue apareciendo como un hecho tan nuevo, tan contrario incluso a todo lo que hasta entonces había ocurrido en el mundo, y al mismo tiempo tan general, tan monstruoso y tan incomprensible, que al percibirlo el espíritu humano quedaba como suspenso. Unos pensaban que esta fuerza desconocida, que nada parecía nutrir ni nada destruir, que nadie podía detener, ni siquiera ella misma, iba a empujar a las sociedades humanas hasta su disolución completa y definitiva. Algunos la consideraban como la obra visible del demonio sobre la tierra. «La Revolución francesa tiene un carácter satánico», decía De Maistre ya en 1797. Otros, por el contrario, descubrían en ella un designio benefactor de Dios, que no solamente quería renovar la faz de Francia, sino también la del mundo entero, y que iba a crear, por así decirlo, una nueva humanidad. Se encuentra en algunos de los escritores de la época cierto espanto religioso, como el que experimentaba Salviano ante los bárbaros. Burke, insistiendo en su idea, exclamaba:

Privada de su antiguo gobierno o, más bien, privada de toda clase de gobierno, Francia parecía ser objeto de desprecio y compasión, antes que azote y terror del género humano. Pero de la tumba de esta monarquía asesinada ha surgido un ser informe e inmenso, más terrible que ninguno de los que hasta ahora han agobiado y subyugado la imaginación de los hombres. Este ser espantoso y extraño marcha derecho hacia su objetivo, sin asustarse ante el peligro ni detenerse por los remordimientos; despreciador de todas las normas admitidas y de todos los procedimientos ordinarios, aniquila a quienes ni siquiera pueden comprender cómo es posible que exista.

¿Fue en realidad tan extraordinario el acontecimiento como pareció a los contemporáneos? ¿Fue tan inaudito, tan profundamente perturbador y renovador como ellos suponían? ¿Cuál fue el verdadero sentido, cuál el verdadero carácter y cuáles los efectos permanentes de esta terrible y extraña revolución? ¿Qué es lo que destruyó exactamente? ¿Qué es lo que creó?

Parece llegado el momento de investigarlo y de proclamarlo, y nos encontramos en el punto preciso desde donde poder percibir y juzgar mejor este gran problema. Estamos lo bastante alejados de la Revolución para no experimentar, a no ser muy débilmente, las pasiones que turbaron la visión de los que la hicieron, y estamos también lo suficientemente próximos para comprender el espíritu que la animó. Dentro de poco esto será una tarea difícil, pues las revoluciones que triunfan, al hacer desaparecer las causas que las produjeron, resultan incomprensibles debido a su mismo triunfo.